

EN 1963 LA UNIVERSIDAD norteamericana de Yale publicó un libro cuya importancia para el desarrollo del arte mexicano no podía escapar a nadie: **The Mexican Mural Renaissance 1920-1925**, firmado por Jean Charlot, uno de los primeros participantes activos del movimiento. El volumen permaneció sepultado en silencio mexicano un cuarto de siglo, hasta que, en 1985, una editorial metropolitana se decidiera a publicarlo.

Durante ese aproximado cuarto de siglo (22 años exactamente), que yo sepa, nadie, en la República Mexicana, prestó atención a este trabajo fundamental (lo supe directamente por el propio Charlot, con quien tuve el privilegio de mantener amistad alrededor de veinte años, visitándolo a menudo en su taller del barrio hounolulense de Kahala, donde le encontraba esperándome mientras degustaba un vaso de vino francés y, entre serio y divertido, hojeaba uno de sus libros de cabecera: un diccionario de mexicanismos). Cierto: nadie o casi. Sólo dos de sus compañeros, artistas también, mostraron interés: Carlos Mérida y Alfredo Zalce. Pero el entusiasmo no consiguió ni convencer ni "contagiar" a ningún editor presto a encargarse a alguien la traducción de la obra y, en seguida, publicarla.

Nos encontramos, no cabe duda, frente a uno de los típicos casos de **ninguneo** artístico y literario, algo incomprensible dado que nos hallamos ante una acción que constituye el punto de partida para muchos trabajos que, desde 1963, se han editado ya sea en México, Estados Unidos o Francia. El caso (puesto que se trata de un verdadero caso) resulta todavía más paradójico, si tomamos en cuenta el hecho de que Jean Charlot fue el muralista que, cronológicamente, terminó el primer mural; y que se debe al "francesito" - según era conocido en los medios artísticos y bohemios de la capital mexicana en los años 20 - el **redescubrimiento** y la **reedición** de los grabados de José Guadalupe Posada, que encontró empolvados en el taller de Vanegas Arroyo.

De la magnitud de Jean Charlot en el muralismo mexicano, se expresó de esta manera, en sus memorias, su cuate José Clemente Orozco: "con su ecuanimidad y su cultura, atemperó muchas veces nuestros exabruptos juveniles y con su visión clara iluminó frecuentemente nuestros problemas" y David Alfaro Siqueiros: "fue uno de los fundadores primordiales del muralismo mexicano que junto con Xavier Guerrero y los pintores de la zona de Cholula nos llevó al descubrimiento de la técnica del fresco, en el periodo inicial de nuestra obra". Además, en entrevistas que he mantenido con Carlos Mérida (otro **ninguneado** en lo que se refiere a su contribución a la revolución muralista), el pintor guatemalteco subrayó la cuantía pionera que sostuvo "mi amigo Jean" durante los años iniciales del movimiento.

Nos encontramos, no cabe duda, frente a una investigación de primordial estima. En el breve prefacio, el autor declara: "De los primeros murales que describo cuando estaban en el proceso de ejecución, algunos fueron destruidos y muchos otros fueron borrados o repintados; los pocos que permanecen intactos, muestran limitaciones, titubeos y errores técnicos mezclados con no pocas bravatas juveniles. Sin embargo, la vasta producción de murales pintados desde entonces, frecuentemente por los mismos hombres, muy raras veces supera estas **piezas experimentales**" (el subrayado es nuestro). "Se llegó a una cierta culminación ya en 1923-1924 con Rivera, en sus escenas de Tehuantepec, pintadas al fresco en la Secretaría de Educación, con Orozco en la composición de la vida de San Fran-

JEAN CHARLOT:

EL RENACIMIENTO DEL MURALISMO MEXICANO 1920-1925

Por STEFAN BACIU

cisco, y con Siqueiros en el Entierro del Obrero, ubicados ambos en la Escuela Nacional Preparatoria. Las obras que vinieron después, algunas francamente grandiosas, no hicieron mucho más por la fama de los pintores que convertir en oro la guirnalda del álamo".

Para analizar al etapa creativa que va desde el año 20 al 25, Charlot toma como cauce inaugural las raíces indígenas, tan capitales al muralismo, pasando luego por las fases coloniales y populares, y culmina con la labor en la Academia de San Carlos.

En los capítulos siguientes, escritos con objetividad difícil de imaginar en alguien que fuere colaborador del muralismo, se examinan detalladamente los trabajos de Rivera, Siqueiros y Orozco, para llegar al "Sindicato" y a los murales de la Secretaría de Educación, con la "salida" de José Vasconcelos y la "entrada" de Puig Casauranc, descritos con la exactitud de un historiador, a pesar de la existencia, en este cronista, del participante en todas las actividades mientras ocurría el lustro al cual alude el título de la obra.



VILLAS

Lo que debemos destacar, por tratarse de algo poco frecuente en otros estudios sobre el mismo tema, aparecidos antes o después de este libro, es repito, la objetividad y la ecuanimidad de Charlot, distinguida por Orozco, quien se muestra no sólo como eficaz historiador, sino como veraz "scholar".

Al mismo tiempo, Jean Charlot fue un memorialista con memorias exactas y un coleccionista minucioso de revistas y periódicos, y, en general, de cualquier tipo de papel, papellito y papeleo, guardando celosamente lo que sus compañeros consideraban de poca consideración. De esta manera, el libro está ilustrado con un sin número de clisés de los archivos de Charlot que reproducen documentos hasta entonces inéditos, por no hablar de caricaturas, cuadros, catálogos y carteles que ni siquiera los propios artistas conservaron en el remolino de la época. Me acuerdo de la sorpresa con que Carlos Mérida comentó el catálogo de una de sus primeras exposiciones, quedando asombrado ante algunos borradores de Diego Rivera: Charlot los había recogido literalmente de la basura; y más tarde otorgaron una preciosa llave para la explicación del arte de su camarada de viaje.

Tampoco se puede olvidar la presencia, en estas páginas, de algunos nombres y hombres que, en su oportunidad, tuvieron un desempeño decisivo para el movimiento: Vicente Lombardo Toledano, Amado de la Cueva y José Juan Tablada, entre otros, y a quienes Charlot menciona cada vez que es necesario, manifestando su valor y su actividad, por efímera que haya sido.

Finalmente, existen en el libro revelaciones hasta entonces inéditas, y que, al correr de los años, han ganado significación histórica. Entre estas, hay que mencionar los escritos en defensa del muralismo, firmados por el "ingeniero Juan Hernández Araujo", seudónimo de Charlot y Siqueiros, quienes, por cierto tiempo, vivieron no muy lejos el uno del otro en la colonia Roma de la ciudad de México, y disertaban sobre el tema en sus paseos nocturnos. Ante los ataques de los adversarios del muralismo, decidieron pasar a la defensiva con el nombre arriba mencionado. Para darle más "peso", lo titularon... "ingeniero"... ¡nada más respetable en el mundo burgués!

A pesar de que estamos enfrente de un trabajo en el que cada afirmación se basa en un documento, cita o reproducción gráfica, el arte de narrador nato que poseyó Jean Charlot origina que el libro se lea innumerables veces con el interés con que se sigue una obra de ficción. Con maestría, el "francesito" usa, cuando menos se espera, una especie de collage, como es el caso de las "reminiscencias" escritas ex profeso por Fernando Leal y Ramón Alva de la Canal, completadas con las escasas hojas de las "reminiscencias" del propio autor, condensadas, lamentablemente, debido a su innata modestia, y que en realidad debieron haber sido el comienzo de un tomo de memorias que jamás quiso escribir, no obstante el suceso de mantener por largos años un diario en el que resumía los acontecimientos y pensamientos de cada día.

Para completar esta obra, sería indispensable recurrir a detalles existentes en la "Sala Jean Charlot", en la biblioteca Thomas H. Hamilton de la universidad de Hawai, en el Campus de Manoa. Hay allí una mina real de cuadros, grabados, documentos, libros, cartas y revistas, en ocasiones ricamente encuadernados por el artista, que se relacionan tanto con el muralismo del periodo citado, así como con sus años ulteriores y el Movimiento Estridentista, del cual Jean Charlot, Ramón Alva de la Canal e, incluso, Diego Rivera fueron adeptos, divulgantes e ilustradores.

Me atrevió a afirmar que, para cualquier investigación que abarque esta época (20-25), el archivo de la "Sala Jean Charlot", organizado por John Charlot y Peter Morse, contiene material de consulta indispensable, puesto que en el **renacimiento del muralismo mexicano 1920-1925**, Charlot apenas empleó parte de los documentos en su posesión; de otra manera, el espesor del libro habría sido más amplio.

Me acuerdo de la melancolía con que Charlot me dio a entender varias veces que, por falta de un editor en suelo azteca, tuvo que escribir el libro en inglés. La traducción de la presente edición, realizada por María Cristina Torquino Cavalcanti, fue revisado, en su estilo final, por Susanah Glusker, Eugenio Méndez y el poeta veracruzano Jorge Lobillo. Y el resultado de esta colaboración es un texto que se lee como si fuese el mismo que Charlot tuvo que redactar en inglés ante la carencia, en su tiempo, de un editor mexicano.

Con un cordial abrazo
de Francisco Diego de Medina

Loma
Toluca

"PRESENCIA LITERARIA"
LA PAZ/Bolivia